

AFFECTOS, POLÍTICA Y VIDA COTIDIANA EN LA GUERRILLA DEL PRT-ERP

Peller, Mariela. *La intimidad de la revolución. Afectos y militancia en la guerrilla del PRT-ERP.* Buenos Aires, Prometeo, 2023, 182 pp.



Paola Martínez

Universidad de Buenos Aires

pao.mar09@gmail.com

El campo de historia reciente enfocado a las cuestiones de género, y en especial a las organizaciones armadas de los años 1970, comienza a activarse hacia mediados de la década de 1990 y se afianza, por medio de la gran producción de trabajos, durante la siguiente década. Es en esta época cuando comienzan a verse y a problematizarse las diferencias entre los géneros en las prácticas militantes setentistas. Desde el punto de vista histórico, considero que el actuar de las mujeres militantes está indisolublemente unido a las nuevas concepciones que aparecieron en la década de 1960, y al contexto histórico de renovación que se vivía por aquellos años. Se pusieron de manifiesto cambios relacionados con nuevas pautas sexuales y nuevos modelos femeninos aceptados (la extensión de las relaciones sexuales prematrimoniales, los nuevos métodos anticonceptivos, entre ellos la píldora), junto con la aparición de las mujeres en la participación política y su acceso a un trabajo remunerado y a carreras universitarias. Todo esto era reflejo de una mayor independencia de las hijas respecto del cuidado paterno, lo cual implicó a nivel social que se viviera un cuestionamiento de los valores familiares existentes.

El libro de Mariela Peller, *La intimidad de la revolución. Afectos y militancia en la guerrilla del PRT-ERP*, indaga y propone una mirada de esas prácticas militantes desde la perspectiva de género y feminista. La autora recurre a varios conceptos de distintos campos temáticos para armar su corpus teórico: *género*, *paradoja*, *binomio privado/público*, *afectos* (provenientes del campo de la sociología de las emociones) y otras categorías propias del análisis del discurso. Más allá de esta interesante combinación, sus supuestos transitan temas ya trabajados por otras investigaciones, como fueron las

contradicciones de la izquierda armada en relación a las nuevas pautas sexo-genéricas de los años setenta. Si bien reconoce bibliografía sobre el tema, nos propone reflexionar acerca de los vínculos entre afectos, vida cotidiana y política revolucionaria en la militancia del PRT-ERP. Piensa que ese tema aún no está saldado por otros trabajos. Considera que aspectos como las nuevas pautas sexuales, la concepción de la familia y de género se experimentaron de manera paradójal entre el reconocimiento y la cancelación. En otras palabras, serían reconocidos porque fueron normativizados, pero también cancelados, porque se desestimó lo cotidiano a favor de otros aspectos. Interpreto que esto la hace pensar en una cuestión paradójal “donde hubo una relación tensionada y excluyente entre los ámbitos de lo público-político y de lo privado y cotidiano” (p. 163).

Con la finalidad de mostrarnos la paradoja que se vivía en la guerrilla perretista, indaga en los discursos sobre la vida cotidiana, los afectos y las relaciones de género. Peller sostiene que el PRT-ERP, para desarrollar sus prácticas político-militares, necesitó de una vida cotidiana subsidiaria, implementándose una división sexual de la militancia y un discurso sobre el hombre nuevo universalista con intenciones igualitarias, pero que en lo discursivo, no reflexionó sobre la diferencia sexual. A través de un corpus de fuentes (escritas y orales), va construyendo esta imagen de una vida cotidiana subestimada y pasiva con respecto a la dimensión público-política.

El libro está estructurado en dos partes que tienen relación con el empleo de fuentes y distintas temporalidades (pasado y presente), según su autora. En la primera (compuesta por cuatro capítulos), analiza fragmentos de los dos órganos de prensa oficiales de la organización: *El Combatiente* y *Estrella Roja*, además de boletines internos y de documentos que intentaron reglamentar la vida cotidiana como *Moral* y *Proletarización*. Considera que esta documentación ejercía “un rol pedagógico, disciplinante y prescriptivo por medio de la imposición de modelos ideales referidos a los cuerpos, a las actitudes y a las creencias de las y los militantes” (p. 25). La segunda parte (compuesta por dos capítulos), está dedicada al análisis de los testimonios (entrevistas, textos literarios y autobiografías) y aclara que los mismos pertenecen al Archivo Oral de Memoria Abierta. La autora, por medio de la “dimensión narrativa y retórica” (p. 26), nos acerca a cómo se recuerda y a los replanteos desde el presente en cuanto a ese binomio privado-público. Sin embargo, hay cuestiones que plantea, pero no problematiza, como por ejemplo por qué las mujeres narran de una manera y los varones de otra (como puede evidenciarse en el testimonio de Clara Meshman), algo que

podría haber mostrado los cruces entre memoria y género. Considero que, en este punto, aparece la paradoja del libro, que tiene que ver con que las fuentes no se unen dando una visión dicotómica de su estructura. Es decir, en esta primera parte, las prácticas familiares, la imagen de las mujeres, varones y niños en la prensa partidaria, los afectos en las notas necrológicas y las cartas íntimas publicadas no son enriquecidas con el testimonio oral. El mismo podría habernos acercado a la dimensión afectiva dando una impresión narrativa menos homogénea, ya que los testimonios desestabilizan esa imagen rígida proporcionada por el documento escrito. Me pregunto: ¿qué pasaba con la experiencia emocional frente a ese rico corpus de fuentes que la autora despliega en la primera parte? Como se sabe, el testimonio nos acerca a la subjetividad humana, a la memoria y a la transmisión de la experiencia. Indagar en las vivencias de sujetos y en aspectos de dicha experiencia permite analizar ámbitos que no están registrados en los documentos tradicionales. Esta contradicción de fuentes en su trabajo, considero que le impide poder sacar conclusiones definitivas en la primera parte del libro y cerrar los temas, que vuelven a abrirse en la segunda parte.

A su vez, observo que la autora pivota entre considerar que el PRT-ERP reconoció la necesidad de integrar la esfera cotidiana y doméstica en la vida militante, y opinar que la valorizó y politizó para sus propios fines. Con el objetivo de comprobar esta hipótesis, analiza reglamentaciones internas para mostrar la normativa, la reglamentación y el control que existía sobre la vida privada de las y los militantes. Pero en la segunda parte, por medio de los testimonios, llega a ver que hubo líneas de fuga a los mismos, algunas veces porque fueron áreas donde el partido no reglamentó y otras porque los militantes dijeron que *no*. Esto se evidencia en la situación relatada por las testimoniadas Liliana Ortiz (pp. 146-147) o Alicia Sanguinetti (pp. 156-157). Incluso, Peller llega a la conclusión de que esto muestra “la libertad que poseían las y los militantes de optar a pesar que el partido demarcaba y definía constantemente modelos a seguir” (p. 149). En consecuencia, considero que, si bien las mujeres militantes encarnaron situaciones paradójicas, es importante entender la plena autonomía de la agencia femenina en estas experiencias, para visibilizar también los avances que vivieron al ocupar espacios impensados, y no quedarnos solo en la carencia y la falta.

Más allá de estas objeciones, considero que el libro resuelve, de una manera interesante, la asignación social de los roles sexuales en una organización armada de los años setenta y explica cómo operaban los sistemas normativos desde lo discursivo-partidario. Sin embargo, los análisis de algunos

documentos (como *Moral y Proletarización*) quedan, por momentos, muy aislados. Un ejemplo se presenta cuando analiza la objetivación de la mujer que se da con la revolución sexual, según el partido. Considero que no se trata solo de que el PRT tenía estas conceptualizaciones y críticas. Trebisacce (2019), al estudiar la prensa feminista del período (como la revista *Persona*), afirma que este movimiento criticaba el uso de las imágenes de las mujeres en la publicidad e instaba a tomar conciencia del devenir (objeto) sexual de la mujer moderna. Por lo tanto, contextualizar el documento y ponerlo en diálogo con otros colectivos políticos de la época y con los testimonios puede impedir sacar conclusiones demasiado rígidas sobre la moral sexual. Más allá de que es real, como dice Peller, que la guerrilla marxista analizaba las contradicciones sociales en términos de clase, y las reivindicaciones propias del movimiento de mujeres eran vistas como distractoras de la lucha revolucionaria (Vassallo, 2005).

Los aspectos de mayor cruce con la cuestión de género son aquellos relacionados con el análisis de la prensa de la organización (*El Combatiente* y *Estrella Roja*). Allí la autora llega a mostrar algunas hipótesis interesantes por medio de un riguroso análisis del discurso. Una de ellas es que el género y la diferencia sexual significaron el límite de esta experiencia. Lo pone en evidencia al analizar cómo son descriptos varones y mujeres en los periódicos. Allí puede comprobar que las mujeres son nombradas a partir de roles femeninos, pero carecen de representación simbólica si se quieren destacar aspectos políticos y militares. Sostiene que la diferencia sexual no fue “ni pensada” en estas experiencias. Peller afirma que para que se constituyera un cuerpo revolucionario se debían atravesar cambios físicos y morales, muchas veces asociados con la masculinidad y la virilidad. En cuanto a quienes escribían estos artículos, la autora sostiene que eran hombres (en su gran mayoría), seguramente con paradigmas patriarcales. Por lo tanto, en mi opinión, eso explica la razón por la cual esos cuerpos fueron “normalizados” y “naturalizados” en la prensa partidaria. Creo que el aspecto que queda más a mitad de camino es el de la niñez, ya que los testimonios citados en la segunda parte (especialmente los de Julio Santucho y Liliana Ortiz), desestabilizan las apreciaciones que la autora construye en la primera parte de la obra.

Otro tema que le preocupa a Peller es la cuestión de cómo se simbolizaban la familia, los afectos y la intimidad. Usa como fuentes cartas íntimas de familiares publicadas en la prensa, biografías presentes en las necrológicas y documentos del partido. Para ella —tomando reflexiones de Ana Amado

y Nora Domínguez—, la familia traza un círculo móvil entre lo subjetivo y privado, y lo público y social (p. 63). De ahí que le interese examinar la emocionalidad del discurso político-público perretista, porque considera que la exhibición pública de la intimidad en la prensa tuvo fines utilitarios y de adoctrinamiento. Además de considerar que, si bien el discurso de lo íntimo y familiar fue visibilizado en el campo discursivo de la militancia (ejemplo en *Moral y Proletarización*), esto no generó cuestionamientos sobre las desigualdades y opresiones de género que se vivían al interior de la organización. Si bien sus análisis muestran exhaustividad y coinciden con que la experiencia familiar y de pareja estuvo atravesada por lo político, el apoyo familiar que muestran las cartas publicadas debe ser trabajado con prudencia y en diálogo con lo testimonial. Por un lado, porque muchas mujeres militantes se habían desconectado de sus familias o estas ignoraban su compromiso militante real, algo que descubren cuando son apresadas (D'Antonio, 2016). Por otra parte, porque la entrada de lo testimonial en este aspecto le hubiese dado fuerza a sus afirmaciones con fines propagandísticos. El testimonio de Alicia Sanguinetti muestra que algunos se alejaron de sus vínculos personales porque la vida militante demandaba un gran compromiso. En otras palabras, la situación es mucho más compleja de lo que parece. En suma, la ausencia de lo testimonial deja una sensación de incompletud y contrariedad sobre el tema, ya que sus conclusiones son desestabilizadas más adelante por los testimonios de Diana Cruces cuando dice “era toda una vida”, al hacer referencia a que la “paternidad se jugaba en medio de una reunión política y de decisiones y la maternidad estaba jugada en la militancia” (p. 132); o el de Julio Santucho, cuando comenta la cotidianidad que tenía con su pareja. Tampoco aparecen analizadas las diferencias de género en relación a si uno vivía en una casa operativa (sosteniendo una vida comunitaria) o si vivía solamente con su pareja. Por lo tanto, considero que habría que tener cuidado cuando se sacan conclusiones sobre las características que tuvo la militancia en el PRT-ERP, la cual estuvo atravesada por lo regional, el espacio de desempeño, lo etario, la clase y el género.

Este libro nos invita a reflexionar sobre la complejidad de retratar una época marcada por el tiempo mítico de la revolución, como fueron las décadas de 1960 y 1970. Las voces de sus protagonistas juegan un rol importante, más allá de que la memoria es una fuente particular donde se registra el paso del tiempo. Pero si el objetivo es ahondar en la dimensión emotiva y en la vida cotidiana, no pueden ser omitidas. Como dice la misma autora “los testimonios reflexionan críticamente y muestran una militancia menos homogénea y

disciplinaria que la exhibida en la prensa y en los documentos internos” (p. 166). A su vez, la obra me lleva a reflexionar que las conceptualizaciones en cuanto a lo femenino, lo masculino, lo materno y lo familiar están en constante desplazamiento y replanteo (aunque puedan aparecer como intactas). Parafraseando a Joan Scott (2023), quien dice que las categorías de hombre y mujer toman significados diversos en relación a distintos momentos políticos, me permito plantear el siguiente interrogante para analizar estos derroteros políticos militantes: ¿qué transformaciones generó en la subjetividad de las mujeres el pasaje por tales prácticas setentistas? Considero que esto nos permitiría ver la agencia y la reconfiguración que pudieron haberse producido a raíz de las prácticas militantes, si el objetivo de la autora es “acercarse a las políticas revolucionarias del pasado para poder imaginar formas nuevas en el presente y en el futuro” (p. 31).

Referencias

- D'Antonio, D. (2016). *La prisión en los años 70. Historia, género y política*. Buenos Aires, Biblos.
- Scott, J. (2023). *La fantasía de la historia feminista*. Buenos Aires, Omnívora editora.
- Trebisacce, C. (2019). Los años setenta En Tarducci, M.; Trebisacce, C. y Gramático, K. *Cuando el feminismo era mala palabra*, pp. 23-56. Buenos Aires, Espacio editorial.
- Vassallo, A. (2005). *Las mujeres dicen basta: feminismo, movilización y política de los setenta*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires/Feminaria.